

## **Antecedentes relevantes**

Londres, 19 de julio de 2013; 3:00 a.m.

La tremenda tormenta eléctrica de la noche anterior hizo que la ciudad pareciera desierta, dándole un ambiente lóbrego y fantasmagórico. Los nubarrones negros, que acto seguido darían paso a una espesa niebla, eran tan solo un pequeño vestigio de la sobrecogedora escena que se vivió en sus calles, y que aún tenía conmocionada a la gente.

Miles de rayos cayeron aquella noche. Hubo momentos en los que Londres parecía un enorme bosque repleto de árboles luminosos, y en el que ningún rincón de la ciudad quedaba libre de ser descubierto, ausentes de sombras.

Los estruendos provocados por los truenos se convirtieron en la banda sonora de la ciudad, a la vez que los flashes de los miles de relámpagos iluminaron su solitario aspecto, tenebroso y desolado, como si de una ciudad fantasma se tratara. Debido a esto, una gran parte de sus calles permanecían aún en la más completa oscuridad, mientras que otras, van volviendo a la normalidad con el paso del tiempo. Los canales de televisión y radio, llenan sus programaciones con debates e hipótesis que científicos y meteorólogos hacen, los cuales no se ponen de acuerdo a la hora de identificar este hecho.

Expertos de todo tipo y de todos los campos, salidos de hasta debajo de las piedras, especulan sobre el origen del acontecido suceso; incluso hay quien opina que es claramente un indicio de que el fin del mundo está cerca. La verdad es que la situación se va normalizando, convirtiéndose así no más que en un hecho extraño pero pasajero

# I

Mientras la situación se regulariza y el eco de la tormenta se aleja cada vez más de las bocas de los londinenses, un joven corre despavorido por las calles desiertas de la ciudad. Está desorientado, aturdido y dolorido a consecuencia de unas profundas heridas que cruzan su piel como latigazos, quemando cada centímetro de sus maltrechos músculos.

En su huida, va dejando una pequeña senda de sangre por cada metro que arrastra su magullado cuerpo con enorme fatiga. Su rostro, prácticamente irreconocible, exclama sin sonido un dolor inaguantable. Sus ojos, casi cerrados por la inflamación de sus párpados, buscan en la oscuridad un lugar concreto, agotando así el leve suspiro de vida que aún le queda.

De pronto, se detiene y se oyen unos pasos que se acercan lentamente hacia el desdichado joven, el cual se abstiene de mirar pues sabe perfectamente quién se acerca, y a qué viene. Aprieta bien los dientes y puños, e intenta unir las pocas fuerzas que aún le quedan para salir de nuevo corriendo, emprendiendo una nueva huida desesperada. Cuando se dispone a correr, se oye una voz prominente que proviene del misterioso individuo.

—Corre cuanto quieras pues será en vano; he esperado una eternidad para conseguir mi libertad y puedo esperar un poco más para conservarla por siempre, pero... ¿Cuánto más puedes aguantar tú?— decía en tono burlado

## II

En otro lugar un poco más al noroeste, un viejo Ford Fiesta rompe el sepulcral silencio de la noche londinense, a la vez que la tupida niebla, atribuida por siempre a la ciudad, empieza poco a poco a envolverlo todo, dándole un halo de misterio. Parecía que la naturaleza se hubiese puesto de acuerdo con el acontecimiento que allí cerca estaba a punto de suceder.

Se detiene lentamente frente a una pequeña iglesia. En el interior del coche, cuyo aspecto aviejado se disimulaba gracias a la escasa luz del lugar, se encuentra una mujer, de aspecto dulce pero triste. Su larga melena negra sirve de telón a unos ojos bañados en lágrimas y a unos pálidos labios, a los cuales se acerca temblorosa una mano con un cigarrillo entre sus dedos, acompañada de la otra con un encendedor que lo prende.

La mujer, se había limpiado ya las lágrimas de su cara para mirar a su derecha, y observar que la puerta de la iglesia se encontraba entreabierta. Luego, baja la mirada y coge con su mano derecha un revólver del calibre treinta y ocho que se encontraba alojado en su tobillo, para después colocarlo en la guantera.

Sale del coche, se aprieta fuertemente la gabardina color verde oscuro y se dirige hacia la puerta para asomarse por el hueco. Por él, se puede ver salir una tenue luz amarilla. Al abrirla, las viejas bisagras emiten un sonido típico de las películas de terror que dura tan solo un segundo. Entra y observa que la iglesia está vacía, aunque no está del todo segura, pues el fondo se encuentra bastante oscuro, cosa normal en tan febriles lugares.

Tira el cigarrillo y entra intentando hacer todo el ruido posible, aunque sin parecer descarada, para así disimuladamente, hacer que si

había alguien allí se percatara de que estaba dentro. Una vez en el interior, no había dado aún ni cinco pasos cuando aparece al fondo del largo pasillo, limitado a los laterales por bancos alargados, como no podía ser de otra manera en una iglesia, la figura de un hombre. Tenía unos cuarenta o cuarenta y pocos años, de estatura media, vestido de manera formal y se dirigía hacia ella con decisión y sonriendo.

—Buenas noches hija mía, ¿en qué puedo ayudar a tan desdichada joven en una noche tan fría como esta?—preguntó con un toque de desenfado mientras miraba a los ojos a la mujer.

—¿Tanto se me nota?—contestó la mujer mientras le sonreía por tan acertada observación—. Bueno, se podría decir que he tenido mejores días.

—¿Por qué hija mía?, seguro que sea lo que sea tiene solución—intentó aliviar a la mujer cuyos ojos brillaban a causa del reflejo de las tristes luces del templo reflejadas en ellos.

—¿Usted cree padre?, porque es usted el sacerdote, ¿no?

—Está en lo cierto.

—Verá, sé que no es hora para nada pero necesito hablar con alguien creyente y temeroso de Dios como usted, padre—le dijo mientras una lágrima descarada corría a prisa por su pálida mejilla, una lágrima que precedería a un llanto profundo y triste.

—Bueno, la iglesia debería estar cerrada a esta hora como es lógico, pero he llegado del Vaticano hace poco y debía dejarlo todo preparado para la misa de pasado mañana. Me iba a ir, pero justo en la puerta me he acordado de que había dejado la chaqueta dentro. Creo que dada su situación puedo esperar un poco. Ven hija mía, sentémonos allí y cuéntame lo que te ocurre.

—Gracias padre.

El sacerdote la llevó hacia los asientos que se encontraban más

cercanos al altar.

Pasaron un par de minutos antes de que por la boca de aquella misteriosa mujer saliera una sola palabra. Lloraba y lloraba sin cesar ante la impotencia del sacerdote, mientras éste pensaba en qué podía ser lo que estuviera destrozándola; parecía tan dulce a simple vista....

De repente dejó de llorar; se secó las lágrimas con sus pálidas manos, heladas por el frío que hacía allí a pesar de ser verano, y mirando fijamente al cura le preguntó:

—¿Cómo se llama padre?

—Róbert hija mía—contestó sin vacilar ni un momento.

—Yo soy Ariadna.

—Ariadna, bonito nombre. ¿No es el de algún personaje de una leyenda griega?—le preguntó como si ignorara de dónde provenía.

—Sí bueno, según la mitología, Ariadna era hermanastra del Minotauro, el cual vivía en un laberinto. Ésta ayudó a Teseo a matarlo pues se comía a quien se perdía en él, o a las jóvenes que su padre arrojaba para alimentarlo. Le ató un hilo para que después de liquidarlo pudiera regresar y huir con ella, y aunque lo consiguió, abandonó a Ariadna en una isla. A mi padre le encantaban esas historias y me puso ese nombre por ésta en concreto. ¿La conocía?, vaya, creo que hablo demasiado; con un simple “sí” hubiera bastado, ¿verdad?

—No se preocupe; sí, la conocía, la leí en mi época de estudiante de primaria. Tuve que leer a Homero, a Ovidio, además de otros filósofos. Eran lectura obligada donde yo estudié—aclaró.

—Ya entiendo.

—Bueno, ahora que nos hemos presentado, nos podemos dejar de formalidades si lo prefiere. Así quizás se sienta usted más cómoda—le propuso Róbert mientras le tendía la mano, ofreciéndole así su confianza.

—Está bien, padre Róbert.

—Sólo Róbert por favor.

— ¡Uf!—suspiró fuertemente mientras le estrechaba la mano—está bien, pero le aviso de antemano que me va a ser casi imposible tutearle, así que por favor permítame que no lo haga. Le mostraré total confianza pero con el respeto que merece su posición, ¿vale? Además, usted no me está tuteando.

— ¡Vaya!, es verdad.

Ambos rieron.

—Está bien, pero entenderá que yo haga lo mismo—propuso Róbert.

—Muy bien, me parece justo.

Después de esa breve y amena aclaración, el silencio reinó de nuevo hasta que de repente, el rostro de Ariadna se volvió a entristecer y los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas, rebosando de nuevo de sus ojos y resbalando por su cara. Agachó la cabeza durante unos segundos mientras Róbert permanecía callado, esperando, hasta que se sintiera capaz de contarle lo que le ocurría. Entonces, levantó la cabeza y mirando a su confesor fijamente le dijo:

—Róbert, me ha ocurrido algo terrible, soy cristiana aunque no muy practicante que digamos, pero creo en Dios, y por eso no soy capaz de entender sus designios con respecto a mí—dijo Ariadna justo antes de romper a llorar de nuevo desconsoladamente.

### III

Muy cerca de allí, el joven malherido seguía corriendo y huyendo, agotando las pocas fuerzas que aún le quedaban, ya casi inexistentes.

Parecía increíble que alguien en tan lamentable estado pudiera ni siquiera mantenerse en pie. Corría y corría mientras pensaba en algo que hizo poco tiempo atrás, y que gracias a ciertos hechos que sucedieron entonces se ve ahora en esa situación; aunque sabía que si llegaba al lugar al que pretendía llegar, todo se arreglaría, y cambiaría de nuevo su destino.

—Me estoy cansando de jugar miserable gusano, pero a la vez me estoy divirtiendo mucho viendo cómo te arrastras. Devuélvenos lo que nos pertenece y puede que acabe contigo rápidamente, librándote así del sufrimiento que a la humanidad le espera, y a la vez librarla a ella de tu insignificante existencia—amenazó al magullado joven.

El rostro desfigurado del muchacho, miraba continuamente hacia atrás sin perder de vista al individuo que le perseguía y que parecía ser el responsable de su lamentable estado.

— ¡Jamás!—exclamó el joven intentando dar un grito contundente y firme, el cual se quedó tan solo en una tenue voz ahogada, a causa del cansancio y del mal estado en el que se encontraba.

— ¡Para ya!, y terminaré con tu sufrimiento—repetía el perseguidor que no se esforzaba ni siquiera en correr tras él, incluso sabiendo que así lo alcanzaría fácilmente.

—Nunca, nunca lo entregaré—susurraba ya simplemente.

En ese momento, al doblar una esquina, los ojos del muchacho centellearon como estrellas. Su vista había alcanzado a ver algo que le resultaba muy familiar, o que sabía que estaba ahí para un motivo importante, el fin de su sufrimiento tal vez. Había ido a parar a una de las pocas calles que aún se encontraban iluminadas, ya que las reparaciones tras la tormenta todavía no habían concluido y gran parte de Londres permanecía a oscuras. Al menos aquella estaba lo suficientemente alumbrada como para divisar a la mitad de ella una

pequeña iglesia, por cuya puerta parecía salir luz. En frente se veía un coche aparcado, que al verlo, los ojos se le encendieron aún más, como si ya se esperara que esa calle, esa iglesia y ese coche estuvieran ahí o tuvieran que estarlo por algún extraño motivo que sólo él parecía conocer.

Sus últimas fuerzas las empleó en llegar a cualquier precio a aquel lugar, pues si no, todo el sufrimiento que había padecido habría sido en vano.

Miró hacia atrás para ver a su perseguidor, el cual no estaba muy lejos de él, y apretó la marcha lo más rápido que pudo para llegar con éxito a su destino. Una sonrisa de satisfacción casi se podía dibujar en su cara, tan cerca ya del final.

## IV

Ariadna estaba a punto de desvelar a Róbert el motivo por el cual se encontraba allí, y por qué estaba tan desolada y triste.

—Róbert—empezó levantando la cabeza y mirándole fijamente a los ojos.

—Dime hija mía, desahógate.

—Verá padre, soy policía, y esto me sucedió hace dos días:

Había acabado mi turno de noche, noche espléndida y estrellada como pocas veces se ven en Londres. Llegué a la comisaría sin que se hubiera producido ningún incidente con importancia. Mi compañero se cambió de ropa, se despidió y se fue. Yo también me había cambiado ya, y me hubiera ido de no ser por un informe que tenía que acabar sobre unos chicos que arrestamos el día anterior, para entregárselo al capitán al día siguiente.

De repente, la emisora daba la voz de alerta a la unidad más cercana a Spencer Street, a unas tres manzanas de allí, por una disputa conyugal bastante violenta que al parecer se estaba produciendo. Ninguno de los dos compañeros que se encontraban de guardia en la comisaría podía ir; no debían abandonarla bajo ningún pretexto, eran las órdenes. Supuse que yo era la persona que se hallaba más cerca del lugar, y aunque ya había acabado mi turno, fui para allá como un rayo. No podía irme a casa como si nada, sabiendo que podía llegar allí en un momento. Yo, que soy la reina de las feministas no podía dejar a una mujer desamparada. Ahora lamento no haberme ido. Así pues, cogí mi arma, mi placa y mi coche, y salí sin pensármelo dos veces. Cuando llegué, estaban ya allí dos compañeros que se encontraban cerca del lugar como yo, aunque ellos sí estaban de servicio.

Me preguntaron qué hacía allí, que si no había acabado ya mi turno, y yo les dije que no tenía nada mejor que hacer esa noche.

Les pregunté por la situación y dijeron que en la tercera planta del bloque de pisos, supuestamente había un señor maltratando a su mujer. Por lo visto no era la primera vez, pero nunca había sido denunciado.

—Entonces, ¿quién ha llamado?—pregunté, y me dijeron que no lo sabían. Creían que pudo haber sido algún vecino—. Era hora de entrar; tenía una mala sensación.

Apenas pisamos el portal, una mujer con el pelo largo y castaño, vestida con una bata color rosa y unos patucos de esos que tienen forma de animalitos, se dirigió aprisa escaleras abajo hacia nosotros, llorando y pidiendo ayuda. Tenía un ataque de nervios descomunal y no paraba de gritar.

Ariadna siguió narrando la historia, pero cambió su perspectiva, como si estuviera leyendo una obra de teatro, y ella hacía de todos los

personajes que había. Róbert permanecía en silencio mirándola fijamente.

— ¡Policía, policía!, ¡ayuda policía!

—Tranquilícese señora. Cálmese por favor. Díganos qué le ocurre, ¿ha sido usted quién ha llamado?

—Mire usted, siempre están peleando pero esta vez creo que la cosa ha llegado a más. Estaban discutiendo en un tono más fuerte de lo normal. Fue entonces cuando él gritó y oí un fuerte golpe, a partir de ahí...

— ¿Quiénes?—me apresure en preguntar.

—Mi... mis vecinos de al lado, yo estaba...

— ¿Qué piso es?

— ¿Eh?

— ¿Que en qué piso viven?, rápido, el tiempo apremia.

—3° C—aclaró escuetamente.

Corrí escaleras arriba como alma que lleva el diablo, mientras que mis dos compañeros intentaban tranquilizar a aquella histérica mujer.

— ¡Espera Ariadna, no vayas sola!—me gritaba Mike mientras intentaba ir detrás de mí, aunque dudaba que sus cien kilos de peso y su baja estatura, le dejaran alcanzarme.

En un momento llegué al portal 3° C, me coloqué a la izquierda de la puerta con la espalda pegada a la pared y saqué la pistola. Lo normal en estos casos es llamar a la puerta, nos abren, discutimos un poco con el agresor y nos lo llevamos a comisaría en la que pasa la noche en uno de sus calabozos. Algo me decía que esto no era una situación normal, así que opté por tomar medidas drásticas.

Había un silencio sepulcral, tan solo se escuchaba vagamente la chillona voz de Mike, y los desconsolados gritos de aquella señora, más

tenues aún. Llamé fuertemente a la puerta mientras gritaba:

— ¡Abra, policía!—nadie abrió ni contestó.

Podía haber esperado a que alguno de mis compañeros llegara, pero al ver que nadie contestaba y teniendo en cuenta lo que aquella mujer había dicho, decidí entrar a la fuerza. Además, seguía teniendo aquella extraña sensación, una sensación que me decía que lo que a continuación iba a suceder no era nada bueno.

Impulsada por todos esos pensamientos, y a pesar de que no nos está permitido entrar sin una orden judicial, me dispuse a hacerlo, pero, para mi propio asombro, empujé la puerta y ésta se abrió. Eché un vistazo rápido y me volví a esconder; asomé la cabeza de nuevo y no había nadie a la vista y tampoco se oía nada. Entré despacio y cauta. Lo primero que vi cuando entré fue una escalera a la izquierda y hacia arriba que acababa en una puerta de la misma anchura que la escalera. Subía hasta lo que parecía ser un ático o una segunda planta; estaba claro que aquel piso era un dúplex. Pensé en subir, pero decidí que lo mejor que podía hacer era mirar antes debajo, ya que mis compañeros venían detrás de mí y ellos podrían hacerlo.

En frente tenía una puerta doble que estaba abierta de par en par y que daba a un salón; y a la derecha, otra con cristales, cerrada. Me asomé, eché un vistazo y no vi nada; me acerqué a la otra puerta y cuando me disponía a abrirla llegó Mike. Venía sudando y me dijo en voz baja: “¿Estás loca?”. Yo le hice señas con el pulgar, indicándole que fuera arriba a mirar. Sacó su arma, suspiró y subió lentamente. Suponía que George, mi otro compañero, vendría detrás, así que yo me dirigí a la puerta de cristales y la abrí.

Róbert se extrañó mucho al oír como Ariadna contaba la historia. Parecía que estuviera en trance, como si de nuevo viviera aquel

momento. Le sorprendía los detalles con los que narraba lo sucedido y la exactitud de cada movimiento que hizo, cada palabra que dijo y cada paso que dio. Ariadna prosiguió.

—Aquella puerta daba a un pasillo, en el que nada más entrar encontré la cocina a mi izquierda; al fondo de ésta había una puerta y una ventana a la derecha. Ambas eran parte de un pequeño espacio que parecía utilizarse para tender ropa y otras tareas, con cuatro o cinco ventanas con persianas. Fui hasta allí sin perder de vista la puerta de la cocina y tampoco vi nada. Frente a ésta había un baño; la puerta estaba abierta y tampoco había nadie allí.

Empecé a oír un llanto muy leve, como si quien lloraba tuviera la boca tapada con algo. Corrí hasta el final del pasillo y llegué a una pequeña sala de estar, con una columna de escayola y un gran acuario sobre un mueble, también de escayola. Los llantos provenían de detrás de una mesa que se encontraba situada en medio de la salita. Me acerqué apuntando hacia allí con mi pistola y vi a un hombre en el suelo llorando sobre el pecho de una mujer a la que abrazaba. Debajo de ellos había un gran charco de sangre y ambos estaban manchados de ella en abundancia; en su mano derecha, el hombre tenía lo que parecía ser parte de una especie de ensaladera de cristal, el resto de ella estaba esparcida alrededor de los dos.

De repente, el hombre dejó de llorar y empezó a hablar con un tono de voz que no sabría decir si era triste o de furia.

—Yo no quería hacerlo, ella no dejaba de insultarme y yo le decía que se callara, se lo repetía una y otra vez pero no me hizo caso— empezó a decir cuando se percató de que yo estaba allí.

—No se mueva, tire lo que tiene en la mano y levántese poco a poco, despacio, muy despacio—le dije mientras él seguía hablando.

Entonces se levantó mirando a la mujer mientras repetía lo mismo

una y otra vez, pero sin soltar el objeto con el que supuestamente la había golpeado. Yo suponía que esa mujer sería su esposa, teniendo en cuenta la versión de la vecina, así que no dejaba de apuntarle con mi arma.

—Yo no quería hacerle daño, ha sido un accidente, ella no dejaba de insultarme; yo la llamé zorra y ella me dijo que era un hijo de puta, que estaba haciendo de ella una desgraciada. Maldecía una y otra vez el día que me conoció—seguía diciendo con voz triste y apagada, y como si no estuviera hablando conmigo.

Aquel hombre entonces, se volvió hacia mí, levantó la cabeza y me miró. Yo me quedé petrificada; ese hombre, al cual yo no había visto en mi vida, era el protagonista de un sueño que se me repetía todas las noches desde hacía un mes.

Siempre era el mismo sueño: en él aparecíamos solamente él y yo, en un lugar en el que nunca había estado. Yo me encontraba delante de él con los brazos y piernas en cruz, de pie, como si quisiera impedirle el paso a algún sitio. Aquel hombre, en mi sueño, tenía un gesto malvado, y en sus manos una extraña lanza, parecía muy antigua. Hablábamos pero no escuchaba lo que decíamos, sólo sé que sonreía después de hablar, y acto seguido la lanzó hacia mí. Yo cierro los ojos y entonces me despierto.

No era capaz de asimilar lo que mis ojos estaban viendo; una persona que hasta ese preciso instante creía que existía sólo en mis pesadillas, estaba justo delante de mí. Había herido a una mujer, y quizás la hubiera matado.

Aquel hombre seguía de pie, con el mismo objeto con el que había agredido a su esposa en su mano derecha, mirándome fijamente, y yo era incapaz de hacer nada. Estaba en trance, y aun siendo yo quien tenía la pistola, sabía que no sería capaz de defenderme si me atacaba.

— ¡Ella no paraba de decirme que sólo sabía pegarle a una mujer, que no servía para nada más!—hablaba y hablaba sin apartar la vista de mí.

Yo seguía sin reaccionar, incluso sabiendo que mi vida también podía correr peligro. Todo lo que decía se refería siempre a lo mismo, y aunque me hubiera gustado preguntarle el por qué aparecía en mis sueños, no podía decir nada.

Su tono de voz iba aumentando. Repetía una y otra vez las mismas palabras pero cada vez más y más fuerte. Tanto subió su tono de voz que llegaron a convertirse en gritos. Yo no dejaba de apuntarle y él seguía gritando; de pronto, escuché una voz familiar que alterada me llamaba.

— ¡Ariadna!, ¿me escuchas?—era George que llegaba por el pasillo hasta donde yo estaba. Supongo que oíría las voces al llegar a la puerta.

George me avisó con un grito mientras intentaba sacar su pistola de la cartuchera, cuando de nuevo giré la cabeza hacia aquel hombre. Éste estaba en posición ofensiva y a un palmo de la punta de mi arma.

Estas últimas palabras de Ariadna casi no las pudo pronunciar, pues se estaban empapando de unas lágrimas que no pudo detener, lágrimas que una vez más se convirtieron en un penoso y profundo llanto.

Róbert ni siquiera habló, dejó que se desahogara, pues se imaginaba cuál era el desenlace de aquella fatídica historia. Estuvo llorando largo rato. Esta vez, Róbert no se atrevía ni siquiera a animarla, pues lo único que se le ocurría decir era que no había sido culpa suya, pero imaginaba, que a estas alturas ya estaría harta de oírlo de boca de sus compañeros, familiares y amigos.

—Yo no quise hacerlo, no quería matar a ese hombre Róbert, nunca he matado a nadie, debía haberlo arrestado en el acto y sin embargo me

quedé inmóvil. ¿Por qué aquel hombre aparecía en mis sueños, por qué?—decía sin parar de llorar.

Todos dicen que hice lo único que podía hacer, pero yo en ese momento tenía que estar camino de casa, y sin embargo, escuché aquella llamada, ¿por casualidad?, no sé. Al llegar allí tuve una extraña sensación; llegué antes que mis compañeros a donde estaba aquel hombre. ¿Demasiada casualidad no?, ¿y por qué no llegué antes de que matara a su mujer?

—Probablemente ya estaría muerta cuando escuchó el aviso—intentó Róbert así animarla.

—Mi pregunta es. ¿Por qué Dios me hace esto?, ¿por qué ha dejado que mate a ese hombre y no me ha dejado salvar a esa mujer? Así, quizás ahora estarían vivos los dos—le preguntaba a Róbert esperando de él quizás la respuesta que ella no había podido encontrar.

—Verás, los caminos del señor son infinitos e inexplicables, y estoy convencido de que Dios, después de este trágico suceso tiene un plan muy bueno para ti, y que vas a llegar a ser muy feliz. No sufras más, no te martirices, ya no tiene remedio—le decía mientras le ponía la mano en el hombro.

## V

Después de esto se llevaron un rato sin hablar. Todo estaba en silencio, no se escuchaba nada, cuando un portazo repentino rompió de golpe la calma y la paz de aquel santuario.

En la puerta, apareció la figura chepuda de una persona, frente a la exigua<sup>1</sup> luz que provenía de la calle. Los dos espectadores se levantaron

---

<sup>1</sup> Pequeña, insignificante.

de golpe y casi a la par; ninguno supo qué hacer ni decir. Aquella figura se acercaba poco a poco hacia ellos, con un tambaleo tan propenso a terminar en el suelo que parecía inevitable que sucediera. Era tan evidente, que sucedió. Entonces ambos fueron a ayudarlo cuando una voz como un quejido que provenía de aquel individuo les gritó: “¡quedaos ahí!”. Al oír aquella voz tan desgarradora cesaron en su intento y se miraron, preguntándose el uno al otro con la mirada y encogiendo los hombros.

Aquel sujeto se volvió a levantar dirigiéndose de nuevo hacia ellos. Una vez de pie, cuando se encontraba ya a escasos metros de los dos, otra sombra grande y erguida apareció también en la puerta de la iglesia, y dijo con una prominente voz:

— ¿Qué es lo que has venido a buscar aquí insignificante gusano? ¿Has venido a que te den la extremaunción?—preguntaba en tono burlesco mientras que el otro individuo llegaba hasta donde se encontraban los confundidos testigos de aquel suceso, haciendo caso omiso a sus comentarios.

Al llegar a ellos cayó exhausto entre los brazos de Róbert, el cual quedó petrificado al igual que Ariadna al ver el lamentable estado en el que se encontraba el misterioso sujeto.

—Róbert...—dijo el joven mirándolo a los ojos ante la sorpresa de éste al ver que sabía su nombre, a pesar de que él no lo conocía, al menos eso creía. Era casi imposible reconocerle por las graves heridas que marcaban su rostro, y por la sangre que manchaba todo su cuerpo.

—Déjele padre, ni siquiera Dios puede hacer ya nada por él, su destino está marcado, nadie puede ayudarlo—dijo el otro enorme individuo.

— ¿Ha sido usted quien le ha hecho esto? ¿Qué clase de monstruo

es?

—De los peores padre, de los peores.

Ariadna, mientras Róbert y aquel individuo hablaban, intentaba darle sentido a lo que estaba ocurriendo, hasta que reaccionó. Observaba todo aquello boquiabierto y pensó, que tuviera el sentido que tuviera, era algo muy grave lo que allí estaba sucediendo.

Miró al joven, a Róbert, y finalmente detuvo su mirada en aquel hombre tan enorme; éste la miró a ella también. Pasaron varios segundos hasta que Ariadna hiciera el amago de coger la pistola que debía tener en su tobillo derecho. Lo hubiera hecho de no ser porque justo antes de hacerlo se acordó de que la había dejado en la guantera del coche.

— ¿A qué juegas muñeca?—le preguntó al ver la pantomima—. Espero que no se te esté pasando por la cabeza hacer alguna tontería, créeme, sería algo de lo que te aseguro, te arrepentirías.

Ariadna se puso en pie sin apartar la vista de aquel hombre, con el rostro serio, como queriéndole demostrar que no le daba ningún miedo. Después de un momento, Róbert y ella se agacharon e intentaron ayudar a aquel chico, el cual pretendía decirles algo.

— ¿No les he dicho que le dejen en paz?, su destino está ya en manos de mi señor—insistió el robusto individuo.

— ¡Oh Dios mío, no deja de sangrar! ¿Cómo puede alguien tan desfigurado y malherido seguir con vida?—se preguntaba Róbert por la impotencia que sentía.

Ariadna se quitó la gabardina y se la puso al chico por encima; era lo único que podía hacer por él, ya que cortar la hemorragia era imposible.

— ¡Hay que pedir una ambulancia o morirá!

—Déjalo Ariadna, es inútil, ya estoy muerto; pero da igual pues voy a conseguir mi propósito antes de irme. Estoy a punto de reparar lo que

una vez estropeé, bueno, yo no, vosotros lo haréis por mí.

Róbert y Ariadna quedaron sorprendidos al escuchar cómo aquel chico sabía cómo se llamaban.

— ¿Cómo sabes nuestros nombres?, ¿nos conocemos?—preguntaba Róbert atónito.

— ¿Y cómo es que nos conoces a los dos, si incluso nosotros nos acabamos de conocer?—dijo Ariadna más confundida aún.

—Todas las preguntas se responderán a su debido tiempo, tened paciencia—dijo el joven con mucha dificultad pues no dejaba de toser y de echar sangre por la boca.

—Róbert—volvió a decir dirigiéndose al confundido sacerdote.

Levantó su mano derecha dejando entrever entre los jirones de su ropa, el tatuaje de un dragón enredado en una bola de billar con el número ocho. Se agarró a su camisa, a la altura del cuello y acercó los labios a su oído derecho, como para susurrarles algo, a la vez que se metía la mano izquierda en la entrepierna por dentro del pantalón. De ahí sacaría, de forma que su agresor no pudiera divisarlo desde su posición, una cajita negra ante la atenta mirada de Ariadna y Róbert.

—Voy a enseñaros lo que hay dentro de esta caja, pero antes les diré algo, pues creo que enseñarles su contenido será lo último que haga, ya que al abrirla no sólo vosotros veréis lo que se encuentra en su interior, también lo harán todos los que quieren poseerlo.

— ¿Poseer el qué?, no entiendo nada—preguntó Róbert.

—Lo que para muchos es sin duda el mayor tesoro que existe, y no sólo por su valor, sino también por su poder; el Cristal Venido.

— ¿El Cristal Venido?—susurraron Róbert y Ariadna al unísono.

—Debéis buscar al caballero cisne, y convencerlo para que os ayude, ya que quizás no esté dispuesto a hacerlo por motivos que no os puedo contar. Me queda poco tiempo, pero no importa; creedme, después de

mostraros el cristal habré cambiado el curso de todo, aunque el verdadero fin de todo esto estará sólo en vuestras manos.

— ¿El caballero cisne? ¡Qué locura! ¿Y dónde le buscamos?— preguntó Róbert.

—Se me nubla la vista, no perdamos más tiempo, pues me queda muy poco. Miradlo bien, sólo lo abriré un segundo.

El joven abrió la caja un segundo como dijo, pero a Róbert y Ariadna les bastó para poder contemplar lo que había dentro. Se trataba efectivamente de un cristal, redondo y del tamaño de una pequeña galleta. Estaba a su vez unido a otros tres cristales más pequeños distribuidos a su alrededor a la misma distancia unos de otros; los cuatro cristales parecían que se encendieran y apagaran constantemente, cambiando a la vez de colores.

—Ahora todos saben que lo tengo pero, lo que quizás no sepan es que será como si jamás lo hubiera poseído.

El joven juntó las manos de Ariadna y Róbert y les dio la caja para que ambos la sujetaran. Las cerró y después se las abrió para volverla a coger. Éstos no sabían para que había hecho semejante cosa, pero más adelante lo averiguarían aunque seguirían sin entenderlo del todo.

—Ya está, ahora el ciclo se ha completado, puedo morir en paz. Recordad, no le digáis a nadie lo que os he dicho, metéoslo bien en la cabeza, no hay ni buenos ni malos. Cada uno tiene sus motivos para poseer el cristal, y cada uno hará lo posible por tenerlo—dijo el joven desconocido mientras se metía la caja en un bolsillo; acto seguido, murió.

Ariadna y Róbert se encontraban mirando a aquel joven en el suelo, a la vez que intentaban asimilar todo lo que estaba ocurriendo, cuando, al levantar ambos un poco la mirada se encontraron ante la figura del enorme perseguidor del chico. Ni siquiera sabían que tiempo llevaba

justo al lado de ellos pues ninguno de los dos lo había sentido acercarse.

Ariadna hizo el intento de levantarse pero la enorme mano de aquel individuo le sujetó el rostro y la empujó bruscamente de nuevo hacia abajo, mientras que con la otra sujetaba al joven por el tobillo como con intención de llevárselo a rastras.

En ese momento, hizo acto de presencia otro individuo que con una voz varonil gritó:

— ¡Radhemus!, olvídate de ellos y trae al chico—ordenó al perseguidor del joven, llamándolo con voz firme por su nombre mientras se acercaba poco a poco en forma de silueta, pues la oscuridad del lugar y la poca luz que por la puerta entraba lo hacían parecer poco más que una sombra.

—Sí Señor—asentó Radhemus casi con una reverencia.

El nuevo sujeto que acababa de aparecer en aquella insólita escena, seguía acercándose hacia donde se encontraba el resto de personajes, de lo que parecía ser la escena de una obra de teatro pero sin sentido ni guion.

Seguía andando hacia ellos hasta llegar a pocos metros de donde se encontraban todos, donde tampoco había mucha luz, aunque se podía distinguir casi con total claridad cualquier cosa. Cuando la poca iluminación empezó a descubrir a aquel nuevo y misterioso personaje, la silueta se convirtió en un señor trajeado y elegante con un jersey de cuello alto, y una expresión que no se podría decir con exactitud si era maliciosa o bondadosa.

A Róbert, que ya se había puesto en pie no le pareció una persona que llamara demasiado la atención, a no ser por su impoluta elegancia, pero Ariadna que aún estaba en el suelo después del empujón de Radhemus, se quedó atónita, petrificada e incapaz de reaccionar ante la

ayuda que Róbert le ofrecía con la mano.

El tipo trajeado la miró, sonrió y después ordenó a Radhemus que cogiera al chico:

— ¡Vamos!, olvídate de ellos, ya tenemos lo que queremos, ellos no serán capaces de arruinar mis planes, nadie podrá detenerme ahora que tengo por fin lo que buscaba—dijo aquel hombre con voz tranquila y despreocupada mientras se dirigía hacia la salida.

—Sí señor—contestó Radhemus mientras arrastraba al joven caminando varios pasos detrás del tipo trajeado.

De repente se detuvo y dijo:

— ¡Mi señor!, creo que el chico hablaba del cristal con estos dos, ¿y si hubieran cambiado...?

Entonces, ocurrió algo todavía más extraño que todo lo que estaba sucediendo aquella noche. El joven misterioso al que Radhemus llevaba a rastras, comenzó a desaparecer de una forma que era como si se descompusiera en miles de millones de partículas, que flotaban y se desintegraban. Radhemus y su señor se miraron bruscamente, y el sereno aspecto de éste último empezó a cambiar al que se adopta cuando se está a punto de gritar.

— ¡Radhemus! ¡Quítale la caja, rápido!

Éste ágilmente metió la mano en el bolsillo donde vio que anteriormente se la había metido después de habérsela enseñado a Róbert y Ariadna. Sacó la misteriosa caja mientras el chico se desintegraba ante la desconcertada mirada de todos los presentes.

Radhemus la contemplaba sobre la palma de su mano derecha mientras sonreía levemente con satisfacción, a la vez que su señor suspiraba. Sus gestos se volvieron a descomponer cuando, estupefactos, veían cómo la misteriosa caja se volatilizaba como segundos antes lo había hecho el chico.

— ¡Ellos son los responsables!, ¡les ha contado algo, o han hecho algo que ha modificado el curso de las cosas! ¡Tráemelos!—dijo en tono aterrador el misterioso trajeado.

Su subordinado, cumpliendo la orden de su señor se dirigió con paso firme hacia donde se encontraban Róbert y Ariadna, la cual seguía petrificada y sentada en el suelo.

Por mucho que Róbert intentó mantenerse firme, no pudo evitar sentir pavor al ver como el gigantesco Radhemus se acercaba bruscamente hacia donde estaba, y empezó a temerse lo peor. No tenía a donde huir, y aunque así fuera, no iba a dejar a Ariadna a merced de aquel bruto. En su mente permanecía fresca la imagen de aquel chico que había muerto en sus brazos, y teniendo en cuenta lo que aquel monstruo le había hecho, no quiso imaginar ni por un momento lo que podría hacerles a ellos.

— ¡Alto Radhemus!—gritó una voz que provenía de detrás de nuestros dos protagonistas, de un rincón oscuro.

Radhemus se detuvo a escasos metros de Róbert.

Nadie parecía haberse percatado de que allí hubiese nadie, pero la verdad era que este nuevo personaje salió de allí y se dirigía hacia donde estaban Róbert y Ariadna. Vestía de una forma muy peculiar: llevaba una túnica blanca amarilleada que le arrastraba, con una capucha que cubría su rostro y su cabeza casi al completo, pero que dejaba ver unos ojos grises y brillantes.